

Guiones para estudiantes Wesley

COMENTARIO SOBRE CRISTO Su sacrificio expiatorio

<https://www.guiones-para-estudiantes-wesley.com/>

Vine Comentario temático Cristo: Autor: William Edwy Vine

El sacrificio expiatorio de Cristo



SOMOS CREYENTES
VULNERABLES
PERO
VICTORIOSOS

Hebreos 10: 32-39

LA EXPIACIÓN

El pecado entró en el mundo debido a la desobediencia y se requería un castigo. A fin de que los pecados sean expiados de una vez por todas, Jesús proveyó un sacrificio. *Él murió en nuestro lugar para que nosotros podamos ser reconciliados con Dios. La expiación provista por Cristo es nuestra redención. Hebreos 10*



Todos merecíamos el castigo eterno, Pero Jesucristo el Hijo de Dios tomó nuestro lugar.

El carácter del pecado

Cuando Dios creó al hombre, Lo dio inteligencia y voluntad, pues lo creó a su imagen y semejanza. Para que fuera libre de escoger entre el bien y el mal.

Le constituyó como súbdito apropiado para el gobierno moral, un ser que podía entender el carácter y voluntad de su Hacedor, adorarlo y tener comunión con él, y disfrutar del gozo de la obediencia a él.

Dios le impuso una sola prohibición. Estaba dentro del poder del hombre conformarse a esa prohibición o transgredir su mandato. Esta era una característica esencial de su constitución. El hombre no era un robot. El pecado era una opción. Pero la otra opción era ser obediente a Dios, quien lo invitaba a disfrutar de todos los beneficios de estar en su presencia.

Cuando el hombre desobedeció, se requería una satisfacción justa. El perdón solo se podría dar de una manera semejante con los atributos y carácter de Dios. (1ª Juan 3.4).

La persona requerida

¿Quién podría lograr lo que era necesario a fin de que Dios pudiera perdonar al pecador y limpiar al culpable?

En primer lugar, se requería uno que pudiera comprender por entero los atributos, carácter y exigencias de Dios.

Segundo, esta persona debía ponerse en relación con el pecador, sujetarse a las exigencias de la justicia divina y pasar la prueba sin fallar. Con este propósito, conociendo él mismo por completo la naturaleza santa y las exigencias justas de Dios, debía llegar a identificarse con la constitución y naturaleza humanas.

Tercero, tal persona debía estar libre de toda culpa en sí mismo, y debía ser probado y demostrar que estaba libre de toda mancha de pecado.

Uno que conociera a Dios, con la rectitud de su administración y con su calidad de irreconciliable con el mal.

LAS CONDICIONES REQUERIDAS

El reajuste de la relación rota era imposible para el hombre.

Ningún acto de su parte podía expiar su culpa.

Primero, el arrepentimiento no podía efectuarlo. El arrepentimiento no podría restaurar la relación rota.

En segundo lugar, una vida enmendada no podía cancelar la culpabilidad previa.

Tercero, ningún otro ser humano podía lograrlo. Todos los hombres participan en la culpa, «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3.23).

Cuarto, debía soportar él mismo la pena del pecado, llevar la maldición de la ley quebrantada. Si tuviera alguna mancha en sí mismo, sufriría el castigo por su propia culpa y ninguna ventaja podría lograr para el pecador. Pero, aun sin tener pecado él mismo, sería necesario que Dios tratase con él como hubiera tratado con el pecado.



Jesucristo, el sustituto

Éxodo 12:21-28

1 Corintios 5:7,8

Jesucristo, el Cordero de Dios, es nuestro único Sustituto. “...fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” | Pedro 1:18,19

El único Ser posible

Ahora bien, había solo un ser que podía cumplir esas condiciones, y ese era el mismo Hijo de Dios.

En primer lugar, era uno con el Padre en la Deidad. La profecía que predecía acertadamente dónde nacería, declaraba al mismo tiempo que *«sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad»* (Miqueas 5.2).

Eso es lo que en el Salmo 90 se predijo de Dios, y no se podía predecir de ningún otro: *«Desde el siglo y hasta el siglo. tú eres Dios»* (v. 2). Él mismo dijo: *«Yo y el Padre uno somos»* (Juan 10.30). Antes de su encarnación era *«en forma de Dios»*

JESÚS
NUESTRO

PERFECTO
SUSTITUTO

(Filipenses 2.7). En esa frase: «*siendo en forma de Dios*», hay que notar dos puntos: (1) la palabra que se traduce «siendo» no es el verbo «ser», significa «*existiendo originalmente*», y su uso indica que eso que la persona de quien se dice fue antes del suceso mencionado y continúa siendo después de que tuviera lugar el evento; (2) la «*forma*» no es un mero parecido, sino que expresa la existencia real de aquello que se describe; el mismo pasaje dice, por ejemplo, que Cristo tomó «*forma de siervo*». En realidad, está claro que él llegó a ser eso; entonces, siendo en forma de Dios, él era Dios. Otra vez, el Padre le dice al Hijo: «*Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo*» (Hebreos 1.8).

Primero, poseyendo, por consiguiente, divinidad, conocía absolutamente *los atributos, carácter y exigencias de Dios*. En segundo lugar, se puso a sí mismo en relación con el hombre que había pecado. Así, se hizo carne. Participó de carne y sangre. Se hizo un hombre real, poseyendo cuerpo, alma y espíritu. *«Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley» (Gálatas 4.4).*

En tercer lugar, fue probado y hallado sin pecado. Fue *«tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4.15)*. Su impecabilidad quedó vindicada en toda manera posible. Sus más ardientes críticos y más acérrimos enemigos lo han reconocido.

Cuarto, el gran objeto por el cual se puso de esta manera a sí mismo en conexión con el hombre mediante su encarnación, fue para poder morir y con ello *«poder redimir»* a los hombres, *Gálatas 4:4*

Él, y solo él, nació para morir. Participó de carne y sangre *«para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2.14-15).*

No vino meramente para enseñar a los hombres cómo vivir, o para darnos ejemplo, aunque también lo hizo. El objeto de su encarnación era que en su muerte pudiera llegar a ser maldición por nosotros, y llevar el castigo debido por nuestra culpa.

Quinto, al ir a la cruz se sometió a recibir el trato que Dios debe dar al pecado. Este modo de morir, con derramamiento de su sangre, pues era necesario para la expiación. Y por la siguiente razón: El pecado había traído muerte. *La muerte vino por el pecado (Romanos 5.12).*

El pecado, de este modo, involucraba la renuncia a la vida. Ahora bien, *«la vida de la carne está en la sangre»*. Entonces, para que se impartiera vida al pecador debe hacerse mediante una muerte causada por el derramamiento de ese elemento que es la vida de la carne.

El modo de ejecución tenía que ser colgarle en un madero. Porque Dios había declarado: *«Maldito todo el que es colgado en un madero»*. De este modo, Cristo se haría maldición por nosotros.

En consecuencia, se sometió a la clase de ejecución que estaba de moda en tiempos de los romanos. Los modos nacionales habían sido invalidados para que así se pudiera lograr su muerte.

LA MANERA DE MORIR

El derramamiento de sangre, en el lenguaje de las Escrituras, implica quitar, o entregar, la vida. *«La sangre de Cristo»* significala muerte de Cristo por el derramamiento de sangre.

Es la sangre la que hace expiación por razón de la vida (véase Levítico 17.11).

En tanto y en cuanto Cristo no tuvo pecados propios por los cuales morir, se sigue que soportó su muerte voluntaria y vicariamente a favor de los que eran pecadores. Él se entregó a sí mismo a la muerte. *Se presentó para ser hecho pecado a fin de llegar a ser maldición por aquellos que, por haber pecado, se habían puesto bajo la maldición.*

Él puso su vida. Dijo: «yo pongo mi vida ... Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10.15, 18).

En el huerto de Getsemaní dio prueba de que ningún hombre tenía poder para hacerlo morir. *Se sometió a que lo atasen y lo llevasen detenido.* Podía haber llamado legiones de ángeles para que lo defendieran. De nuevo, en cuanto a su crucifixión, fue singular. Murió como ningún otro crucificado lo hizo jamás. En cualquier otra crucifixión, tras la exhalación del último suspiro venía la inevitable caída de la cabeza; *el Señor Jesús primero inclinó (o más bien «reclinó») su cabeza y entonces entregó su espíritu. Invirtió el proceso natural. Él «derramó su vida hasta la muerte» (Isaías 5:12).*

La palabra que leemos como «inclinó» se traduce «recostar» cuando declara que «el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza». Él halló su verdadero descanso en el cumplimiento de la voluntad del Padre y al hacerse obediente «hasta la muerte».

En su crucifixión, la justicia divina de Dios lo hirió. La espada de Jehová fue despertada para herir «al hombre» que era el «compañero de Jehová» (Zacarías 13.7).

«Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga [herida] fuimos nosotros curados ... Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento» (Isaías 53.5, 10).

Su ofrenda hizo «expiación por el pecado» (v. 10). «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado»

(2ª Corintios 5.21). Dios trató con él, el que nunca hizo pecado, como debe tratar con el pecado.

Las condiciones cumplidas

Todas las condiciones exigidas se cumplieron en la persona y muerte de Cristo. Así es como, aunque *«todos pecaron»*, Dios nos puede perdonar, por medio de la justificación que ganó para nosotros por su muerte en la cruz.

Somos «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre» (Romanos 3.24, 25).

La fe está en la persona de Cristo. Propiciación significa *aquello por lo cual Dios muestra misericordia, y la base es la sangre de Cristo.*

La identificación no es solo mental sino que por la fe aceptamos el sacrificio expiatorio de Cristo. La palabra hebrea significa «cubrir». La usa David en el Salmo 32 cuando dice: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado». Sugiere además que se quita la ira divina. Cristo no murió para reconciliar a Dios con el hombre, es eliminar la ira de Dios para el que cree.

El evangelio es un ministerio de reconciliación, «como si Dios», dice el apóstol Pablo «rogase por medio de nosotros; os rogamus en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2ª Corintios 5.20).

Todo hombre debe comparecer delante de él. Cristo satisfizo en su muerte las exigencias de la justicia divina, y el pecador culpable puede quedar libre, eliminada la ira, *concedido el perdón y limpiado su pecado por la preciosa sangre de Cristo. La muerte de Cristo no fue simplemente el pago de una deuda; fue la justificación de los pecadores ante el tribunal de Dios.*

